

UNA SIERRA Y SU GENTE

XICO

VERACRUZ



Fotografía: *Manuel González* / Textos: *Odile Hoffmann* □ *Michel Hoffmann* □ *Bethy Portilla V.*



INSTITUTO VERACRUZANO
DE CULTURA



SECRETARIA DE DESARROLLO ECONOMICO
GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ

CFSTOM

INSTITUT FRANCAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE POUR LE DEVELOPPEMENT EN COOPERATION



*A los Campesinos de los Altos,
que nos dejaron compartir algo
de su tiempo.*

*Agradecemos a Rafael PALMA y
Thérèse LORASCHI por la ayuda
en la revisión de los Textos.*

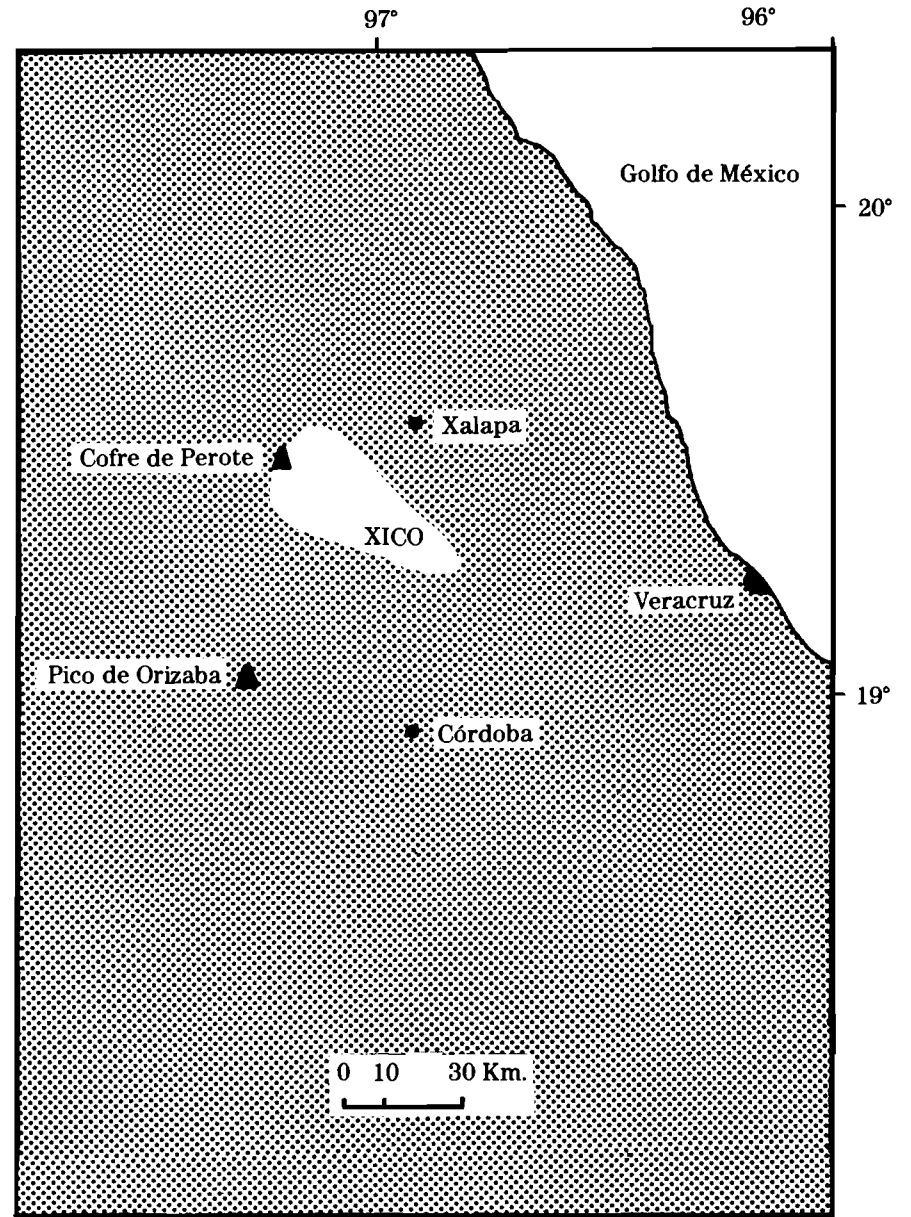
*Aux "gens des hauts", pour ces instants
partagés dans la montagne, sur les chemins et
dans les villages.*

*Nos sincères remerciements à Rafael
PALMA et Thérèse LORASCHI pour leur
aide à la révision des textes.*

Manuel González

Odile Hoffmann





A primera vista, desde cualquier punto de la región de Xalapa, se impone la figura del “Cofre de Perote” con sus 4200 metros de altura. El Cofre domina, y sobre sus faldas se extiende toda una diversidad de paisajes, desde llanos de zacatón con casas dispersas, hasta bosques o potreros alrededor de comunidades y rancherías, o milpas aisladas en las laderas abruptas de los cerros.

En la parte más alta crecen los pinos y una vegetación frondosa con pesmas, árboles, orquídeas y musgo, que se refugia en hondas barrancas donde corren ríos furiosos en épocas de agua. Más abajo se encuentran las parcelas de cultivo de maíz o papa, siguen los potreros abiertos, hasta topa con la zona de producción de café y caña de azúcar en la parte baja. Ahí, entre los cafetales, nos encontramos con el pueblo de Xico. Xico, pueblo que comparte su nombre con el terruño municipal que lo rodea.

Hablar, escribir, percibir a Xico es siempre pensar en esta dimensión múltiple, en los contrastes constantes entre la sierra y la parte baja, las rancherías y el pueblo, las veredas y la carretera, el frío y el calor, el bosque y el café... Se podrían multiplicar las oposiciones sin jamás llegar a entender Xico, cuyo nombre original es Xicochimalco.

Porque este municipio, extendiéndose desde las tierras frías en la peña del Cofre hasta las tierras calientes, 3000 metros más abajo, las reúne, las asume, las trasciende.

Al ser xiqueño uno puede ser arribeño o ciudadano, “macehual” o coyote, maicero o cafetalero, ejidatario o campesino sin tierra, comerciante o jornalero, no deja de pertenecer a este territorio comprendido entre los ríos Xoloatl y Huehueyapa, desde sus nacimientos al Oeste hasta su confluencia al Este.

Estos límites, probablemente válidos desde antes de la Conquista, se reforzaron al establecerse la Colonia y sus divisiones políticas. El espacio se volvió entidad de gobierno y control del grupo conquistador. La población fue reagrupada en pueblos más fácilmente controlables y las rancherías alejadas en los altos fueron destruidas por orden superior.

Desde principios del siglo XVII, la parte baja empezaba así a tener su papel dominante y dominador sobre el resto de lo que hoy es el municipio.

Era intermediario obligado entre los indígenas de los ranchos y el poder de la iglesia o del Estado naciente. También el lugar de residencia de las élites económicas y políticas, hasta hoy en día.

El pueblo mismo de Xicochimalco adquirió así su preeminencia sobre los demás poblados. Villa, y después Ciudad, es la cabecera municipal y la parroquia principal. Abriga la mitad de la población total del municipio (18000 habitantes en 1980) y todos los servicios públicos, los comercios y la administración.

Sin embargo la ciudad de Xico no es nada sin la otra mitad de la población, la parte olvidada del municipio, las dos decenas de comunidades regadas en las faldas del Cofre, sobre los 1800 metros de altura. Estas se reinstalaron en su lugar de origen a lo largo de los dos últimos siglos, o se crearon cuando la situación lo permitía: ranchos de campesinos que arrendaban la tierra a las haciendas, y más recientemente poblados ejidales originados por la Reforma Agraria.

Las condiciones de vida son duras, y las comunicaciones pocas y difíciles, por veredas y caminos frecuentemente intransitables cuando crecen los ríos en tiempo de las lluvias. Con algunas excepciones el camino transitable no va más allá de la ciudad de Xico, último eslabón del sistema urbano, de la modernidad que desconoce y desdeña a comunidades rurales, pequeñas y peregrinas, en el plan material (servicios públicos inexistentes) como político.

Estos campesinos de los altos llevan a la ciudad productos y fuerza de trabajo. Sus tierras reducidas, empinadas, no permiten una reproducción siquiera mínima de su vida material y social. Salir, trabajar en lo ajeno son cosas cotidianas de cada familia, especialmente en invierno cuando todos van al corte de café en la zona baja.

Y sin embargo la vida permanece en los altos. Los hombres regresan, al final del jornal o al fin de semana, las mujeres bajan a vender y remontan, siempre con sus niños, los jóvenes cultivan la milpa y trabajan al azadón. Se sigue organizando o peleando la gente, luchando por el acceso al agua, a la luz, al camino o al abasto, a mejores condiciones de vida. Las capillas se construyen en cada ranchería, las cofradías y asociaciones son numerosas, las fiestas familiares o colectivas también.

Este espacio y estos tiempos campesinos son los que se quieren enseñar y compartir a través de este libro. La idea de esta obra nació a raíz de una investigación llevada a cabo en Xico en el marco de una convención entre el Instituto de Investigaciones sobre Recursos Bióticos (INIREB) de Xalapa y el Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM). El fotógrafo, Manuel González, de la Universidad Veracruzana, vivió y caminó en el municipio de Xico por varios años. Los textos que acompañan las imágenes en este viaje por Xico son diversos, como diversos son los conocimientos, vivencias, impresiones y expresiones que puedan tener sus autores, habitando los tres en Xico, por tiempos y con ocupaciones diversas.

Una cierta visión de Xico, captada por el fotógrafo, se complementa así por otras percepciones, sin pretender abarcar toda la cotidianidad ni limitar o reducir la vida de la sierra a un libro.

*Odile Hoffmann
geógrafa Orstom*



Fin de semana

Los sábados empiezan a llegar a Xico. Regresan a sus ranchos y rancherías al día siguiente en la tarde. La sierra se vacía por dos días mientras la cabecera municipal se llena y se anima.

A medida que se acercan al pueblo, los caminos convergen y se mejoran, el tránsito aumenta.

Desde las primeras horas, todos van bajando, menos algunos arrieros o lecheros que suben a trabajar y regresarán más tarde. Unos bajan solos, otros en grupo o en familia. Los de los ranchos más alejados tardan más de cuatro horas en llegar, pero cuando el tiempo es bueno y la carga ligera, el camino no es pesado. El viaje es ocasión para encontrar a los amigos, los familiares, los compadres y de platicar de los 15 años de una, de la boda o fallecimiento de otro, de los enfermos. Y también de trámites, problemas o rumores así como de los precios que suben cuando el queso de rancho sigue vendiéndose a 400 pesos. En los caminos la información circula y los lazos entre las rancherías se reforan.

Los caminos son la liga, el ritmo, el espacio de vida de los campesinos de la sierra. Salvo los que ahí trabajan, los de la cabecera casi no conocen la sierra, aún cuando algunos son dueños de parte de ella.

Y sin embargo las relaciones son fuertes entre la cabecera municipal y las rancherías, la ciudad y la sierra. La interdependencia es evidente. Basta ver los cientos de caballos, mulas y burros que cada semana arrastran la madera o llevan productos a Xico, y su regreso con el recaudo para la semana.

Los que no tienen bestias bajan ellos mismos lonas de papa o de elotes, cargas de leña con mecapal, morrales de queso o requesón. También bajan flores, cartuchos o azucenas por rollos de diez docenas que las mujeres cargan en la cabeza. Según las temporadas también van a vender moras, quelites u hongos. Los niños acompañan a sus padres y desde los 7 u 8 años ya empiezan a ayudar.

Cada fin de semana el ritmo cambia y se acelera en Xico. Las calles,

los comercios, las oficinas se llenan de campesinos. Llegando al pueblo, lo primero es vender lo que se lleva. Están los compradores apuntados, los entregos, pero se necesita también recorrer la calle, ofreciendo de casa en casa.

Después de haber dejado las bestias en un machero de algún familiar o conocido, viene el momento de arreglar los trámites pendientes: declaración de un nacimiento al Registro Civil, queja con el juez municipal, audiencia en el Ayuntamiento para una solicitud de luz o agua para la comunidad. Se aprovecha también para llevar a los niños al médico o al curandero.

El fin de semana es también día de raya para todos. Peones, albañiles o chalanes, muchachas o ayudantes, todos cobran y dejan el trabajo el sábado por la tarde. El pueblo parece de fiesta. Los familiares de Xico reciben al primo funcionario o empleado en Xalapa, o a los parientes de “arriba” que les llevan huevos, quesos, elotes o papas. Si es día de cumpleaños o bautizo habrá tamales, chiles rellenos, chilatole o mole.

Con suerte les toca fiesta en alguno de los barrios, con champurrado y danzas en la madrugada, torneo de cintas, palo encebado y piñatas en la tarde. En la noche las muchachas se preparan con ropa nueva y peinado rebuscado para el baile del sábado.

En la calle los hombres se quedan hasta la noche, frente a sus casas o en alguna esquina, a platicar como de costumbre de uno u otro asunto. Otros van a la cantina a gastar buena parte del sueldo semanal. Más vale comprar antes el recaudo: chiles, azúcar, sal, café, manteca, jitomates; pilas para el radio, petróleo para candiles, a veces un azadón nuevo, machete o lima, alambre, clavos, láminas de cartón o huaraches.

Los domingos en la tarde se empieza a vaciar la ciudad. El primo de Xalapa se regresa en camión, y los campesinos vuelven a sus comunidades de los altos. En el parque los jóvenes son los últimos en andar. A las diez de la noche ya no hay nadie. Mañana el municipio volverá a su ritmo cotidiano.

Michel Hoffmann

En los altos

Antaño, en las tierras altas, grandes bosques de pinos, encinos y oyameles se extendían casi hasta la cumbre del Cofre de Perote. Por los años 40's del presente siglo, los dueños de estas tierras avistaron la amenaza de la Reforma Agraria. Para no dejarse arrebatar este enorme capital, intensifican la explotación forestal con equipo moderno, y hasta instalan una ferrovía en plena sierra para sacar madera, ahora trozas poblanas, vigas xalapeñas, durmientes en lechos de trenes regados por todo el país. Cuando se dan las detonaciones ejidales, el bosque ya no es tan denso, la deforestación es ya grave.

El invierno es frío y húmedo en las comunidades de los altos. El relieve abrupto y el clima duro no les da una buena capacidad agrícola. La única riqueza es la madera. Sin el equipo ni capital que disponían los anteriores dueños, los campesinos vuelven a una explotación artesanal. La ferrovía desaparece junto con los grandes aserraderos, solo quedan unos rieles que sirven de campana en las capillas y escuelas cercanas.

La deforestación sigue y sus graves efectos obligan al Estado a tomar medidas: búsqueda de cultivos alternativos, control de la explotación, represión. La solución, si es que hay, todavía no se conoce.

El campesino maderero, corteno o aserrador, compra el árbol a su dueño, en los alrededores de los ranchos ya no hay bosque y tiene que ir lejos, a las faldas del Cofre o a las barrancas para encontrar un árbol bueno.

Se tumba con hacha, es un trabajo pesado que se realiza entre dos. El padre trabaja con su hijo, su hermano o su cuñado. Una vez tumbado el árbol, se desrama y se corta ahí mismo. Según su tamaño y los pedidos previos, se harán vigas, tablas o tablones, duelas o alfajías. El proceso es largo y peligroso.

Hay que construir un aserradero que servirá para uno o dos árboles, quizá más. Se monta sobre un pequeño desnivel, armado por una especie de andamio que soporta el tronco, puesto horizontalmente. Los dos hombres utilizan un mismo tronizador, uno en cada extremo. Uno jala

desde arriba, el otro desde abajo del andamio.

Cuando no bajan la madera al pueblo, la venden a un arriero. Este es un personaje importante en la sierra, peregrino que cruza y conoce más que nadie cada vericuerdo, cada hondonada, cada atajo. Sobre pedido sube fertilizante o cualquier otra cosa, y compra y transporta hasta Xico la producción de las ranherías de los altos. Tiene relaciones tanto en la cabecera municipal como en las comunidades, y asegura el contacto entre varias partes y gentes del municipio. Su trabajo también es duro y riesgoso; los caminos son largos, los aguaceros frecuentes, y no es raro que se caiga una bestia y se lastime en las veredas abruptas y resbalosas. A veces hasta muere, y el arriero pierde su herramienta y su capital.

En el pueblo son muchos los carpinteros que compran la madera arrastrada desde las faldas del Cofre. Otros compradores vienen de más lejos, de las ciudades vecinas. La demanda local es todavía fuerte, aunque cada vez más las casas xiqueñas se construyen de concreto, desplazando a la madera.

Pero las puertas, los muebles, las cajas y la cruz siempre serán de madera.

M.H.



Para unos elotes...

En Xico casi todos los campesinos de los altos cultivan el maíz, base de la alimentación y más allá, de la cultura misma.

Las tierras de Xico Viejo, a hora y media de camino del pueblo, son las más codiciadas. Por ser sitio de un antiguo asentamiento prehispánico importante, este rumbo sigue teniendo un lugar especial en la mentalidad colectiva del pueblo, y todos prefieren sembrar maíz ahí aún si lo pueden hacer en otras partes más cercanas a sus casas.

Los terrenos empinados no permiten modernizar mucho las tareas, y el uso de abono químico es casi lo único que ha cambiado en la técnica de cultivo desde tiempos remotos.

La productividad es baja, y el maíz es de consumo familiar. Cuando llega a sobrar, se vende en la ranhería misma o en Xico. A veces, en mayo o junio, cae granizo o sopla un “norte” violento que arruina la cosecha y destruye los techos de lámina de cartón. Hay poco dinero, y cuando la temporada de lluvias se acerca, hay que refaccionar rápidamente los jacales sin poder contar con los frutos de la cosecha por venir. Solamente por la solidaridad comunitaria y a veces por ayuda del Ayuntamiento se logra superar el temporal.

Todos encuentran donde sembrar, aunque sea un pedacito: un terreno arrendado, prestado, en propiedad, en ejido; plano o tan abrupto que una caída es peligrosa. Las milpas suben por las vertientes o llegan hasta el fondo de las barrancas.

Por lo general hay que desmontar, aunque nunca se trata de bosque virgen o selva, sino más bien de un monte con pesmas, ilites u oxiles, bueno para sacar sólo un poco de leña.

Para desmontar media hectárea se pide ayuda a los familiares y los vecinos, devolviéndose el trabajo en “mano vuelta” para no pagar los jornales. Se necesitan entre 7 u 8 hombres para llevar a cabo la faena en dos semanas. Si la casa está lejos, se quedan a dormir en la milpa o en una casa vecina. Todos los días, al mediodía, las mujeres, a veces algunos niños, traen el bastimento. Es momento de descanso, al compartir gordi-

tas, dobladas, enchiladas; siempre acompañadas de la botella de café tibio y dulce.

A veces se tiene un perro, un rifle, una trampa, una atarraya. Si es bueno el atardecer y se juntan las ganas con la suerte, se podrá matar un conejo, una ardilla, un toche; o también agarrar unos pájaros o un zorrillo que se venden bien en Xico y Xalapa. La pesca es más segura. En unas dos horas se agarran suficientes truchas para todos, que se asan con hojas de acuyo o se disfrutan con sal y chile, a las brazas o en caldo.

Después viene el tiempo de la siembra y la primera abonada. Tres o cuatro hombres la realizan en dos días, haciendo hoyos con la coa y colocando en cada uno tres semillas y el abono, antes de recubrir con tierra.

El trabajo más pesado se reanuda con las limpias, que se hacen “a puro azadón”. La milpa tiene que ser bella para mayo, y es cuando se busca a un compadre para parar la cruz. Ese día es de fiesta, con cohetes, comida y caña. Pero también es ceremonia cuando todos rezan frente a la cruz, rogando buena cosecha y los recién compadres se piden el mutuo perdón.

En julio, antes de la doblada, es la tan esperada temporada de los elotes, que se comen asados, hervidos o en tamales, y de las calabazas guisadas en dulce. Los frijoles, de guía o de mata, gordos o negros, se dan hasta septiembre cuando comienza la pizca. El último día de la cosecha el compadre viene a quitar la cruz de la milpa, para guardarla en una troje o un tapanco bien cerrado y seco. El maíz del año será así protegido de cualquier calamidad.

M.H.



Testimonio de un tiempo de corte

Se acerca noviembre. Todos esperamos estos meses de corte donde gran parte de la familia participa. Es la ocasión para poder comprar un marranito, cambiar la lámina del techo que está rota, comprar los zapatos para la próxima fiesta.

Y así, con esa necesidad que la mayoría tenemos de comprar algo o de pagar las deudas del año, llegamos hasta la casa del patrón, para saber cuando se va a empezar a cortar. Nos señalan la hora de salida y el lugar en donde debemos reunirnos, ahí nos encontramos con el compadre, con el cuñado, con el vecino, y muchas veces con gente que viene de fuera. Es gente que sólo viene en tiempo de corte; algunos ya los conocemos pues los vimos el año pasado, otros no, vienen por primera vez a probar suerte.

La época de corte da trabajo a muchas personas, y más todavía cuando es el corte bueno, o sea que madura la mayor parte del café en todas las fincas y algunos patrones ofrecen pagar más para que vayamos a cortar su café. Esto dura poco, después la situación se normaliza y los patrones vuelven a pagar el precio anterior.

Tres de la madrugada; el molino de nixtamal empieza su día, nosotros nos apresuramos para llegar antes que haya demasiada gente. Debemos hacer el bastimento y las tortillas antes de irnos para el corte, además de arreglar un poco la casa y preparar a los niños. Y así, después de las prisas de la mañana nos dirigimos hasta el lugar donde va a pasar la camioneta.

Llegar hasta la finca del patrón es toda una proeza, pues la vieja camioneta no resiste tanta carga, y sus redilas se inclinan peligrosamente cuando nos concentramos en un rincón, los señores en otro, los jovencitos y jovencitas en otro, propiciando así en éstos últimos un momento de saludo, una pregunta o una simple mirada que será quizás el comienzo de un noviazgo.

Al llegar, a cada uno nos dan un costal o lona, para acumular ahí el café cortado. Al terminar el día debemos llevarlo donde se encuentra la báscula y el pesador listo con su libreta, para anotar los kilos cortados por

cada uno de nosotros. Eso es agotador, pues si bien el cortar es hasta cierto punto agradable, llevar la lona hasta la báscula requiere de un gran esfuerzo.

En el corte hay que cuidar de coger la fruta madura evitando hacer caer la verde, y revisar que en nuestro tenate no haya demasiadas hojas revueltas con el café cortado.

—Luego pasa que por estar muy metida en cortar, no puedo ver el hilo de humo que sale de enmedio de la finca, anunciando la hora de comer. Y porque el vecino que lleva los dos surcos a la izquierda tiene su radio prendido, y el jovencito de más allá subió el volumen a su grabadora, y aquellas comadres están escuchando su radionovela, no logro oír el grito del capataz “Aaaa Cooooomeeeer”. Y cuando llego hasta la lumbre ya ni hay brazas y tengo que comer el bastimento frío, no con mucho gusto. Esto hace que al terminar una se sienta agotada, deseando llegar a casa y cenar una rica comida caliente. Para esto, aprovechando el momento en que el capataz pesa todo el café, recojo un poco de leña para llevármela a casa—.

El momento más tranquilo de la semana es cuando vamos a rayar el sábado por la tarde. Llegan las jovencitas, muy limpias, arregladas y peinadas; los jovencitos con sus botas y sombrero del domingo. Y ahí estamos, en la banqueta de la casa del patrón, formando parte de la cola junto con todos los otros cortadores. Y permanecemos ahí una, dos o quizás tres horas hasta que el patrón nos llama para entregarnos el dinero ganado esta semana.

Bethy Portilla V.



Xicochimalco, un village de sierra

Le “Cofre de Perote” s’impose avec ses 4200 mètres d’altitude, et domine toute la région de Xalapa, au centre de l’état de Veracruz. Sur ses flancs s’offre à la vue une grande diversité de paysages, depuis les prairies d’altitude jusqu’aux forêts et aux vastes pâturages des versants, avant d’arriver à la zone caféière, plus bas, vers 1400 mètres.

“Les hauts” sont le domaine des forêts de pins, sur de fortes pentes entrecoupées de profonds ravins au fond desquels coulent des ruisseaux infranchissables en saison des pluies. Un peu plus bas sont implantées les parcelles de culture de pommes de terre et de maïs, autour des villages de montagne installés sur les interfluves. En descendant encore, à partir de 1800 mètres d’altitude, s’étend la zone d’élevage bovin, jusqu’à rencontrer les parcelles de café et plus bas, de canne à sucre. C’est là, au milieu des caféières, que se trouve le bourg de Xico: Xicochimalco de Santa Maria Magdalena, nom qui est aussi celui du municipio qui s’étend sur tout le versant du Cofre.

Percevoir, écrire ou parler de Xico, c’est toujours penser à cette dimension multiple, à ces contrastes permanents entre la montagne et la partie basse, les communautés des hauts et le bourg, les sentiers et les routes goudronnées, le froid et la chaleur, la forêt et les caféières... On pourrait multiplier les oppositions terme à terme sans jamais arriver à comprendre Xico. Parce que ce municipio, si divers dans ses modes de vie et d’exploitation des terres, les assume et les transcende. On peut être citadin ou habiter “les hauts”, paysan sans terre ou riche éleveur, commerçant ou peón, cultiver le maïs ou le café, on appartient toujours à ce territoire riche de culture et d’histoire, compris entre les ruisseaux Xoloatl et Huehueyapa, depuis leurs sources près du Cofre, à l’ouest, jusqu’à leur confluent à l’est.

Ces limites, probablement valables avant même la conquête espagnole, se renforcèrent au moment de la colonisation et des nouvelles divisions administratives. L’espace devint alors un sujet de contrôle et de gouvernement pour les Conquistadors. La population fut

regroupée dans des villages plus facilement contrôlables et les hameaux dispersés dans la montagne furent détruits et disparurent.

La partie basse commençait ainsi, dès le début du 17^{ème} siècle, à jouer un rôle dominant et dominateur sur le reste du territoire municipal, intermédiaire obligatoire entre les indiens et le pouvoir de l’Eglise et de l’Etat récemment installé. C’était aussi, et jusqu’à nos jours, le lieu de résidence des élites économiques et politiques régionales.

Le village de Xicochimalco avait dès lors conquis sa prééminence sur les autres villages. Nommé “Villa”, puis “Ciudad”, il est le chef-lieu du municipio et la paroisse principale. Il abrite aujourd’hui la moitié de la population (18000 habitants dans le municipio en 1980) et tous les services publics et administratifs, et les commerces.

Toutefois le bourg de Xico ne peut vivre sans l’autre moitié de la population, la partie oubliée du municipio, les deux douzaines de hameaux dispersés sur les flancs du Cofre de Perote. Ceux-ci se réinstallèrent sur leur lieu d’origine au cours des deux derniers siècles, où se fondèrent de nouveau quand la situation était propice: groupements de maisons des fermiers et métayers des grandes haciendas, et plus récemment, villages formés à la faveur des dotations de terre lors de la réforme agraire du début de ce siècle.

Les conditions de vie sont difficiles, et les voies de communications rares et mauvaises, inutilisables et même dangereuses par temps d’orage. A quelques exceptions près les chemins carrossables ne dépassent guère le bourg de Xico, dernier maillon dans le système moderne qui méconnaît et méprise les petites communautés rurales, tant sur le plan matériel que politique.

Ces paysans des “hauts” apportent à la ville les produits et la force de travail. Leurs terres, souvent réduites et de mauvaise qualité, ne permettent pas une reproduction minimale de la vie matérielle et sociale. Sortir, travailler comme salarié agricole sont des “alternatives” qui s’imposent à tous, surtout en hiver quand la récolte du café en zone basse demande beaucoup de main d’oeuvre.

Et cependant “les hauts” continuent à vivre et à se développer. Les

Dans les hauts

Autrefois les terres d'altitude étaient couvertes de magnifiques forêts de pins, sapins, chênes et cyprès qui atteignaient presque le sommet du Cofre de Perote à plus de 4000 mètres d'altitude. Après la révolution du début de ce siècle, la menace de la réforme agraire se fait plus vive pour les hacendados propriétaires de la montagne. Pour ne pas perdre l'énorme capital que représentent ces arbres, ils intensifient l'exploitation, investissant dans l'équipement le plus performant de l'époque et allant jusqu'à construire un chemin de fer en pleine montagne pour évacuer les billes vers leurs grosses scieries.

Lorsque la dotation agraire a lieu, dans les années quarante, le processus de déforestation a déjà largement commencé.

L'hiver froid et pluvieux est dur dans les villages des hauts. Le relief tourmenté et le rude climat n'y facilitent guère les activités agricoles. L'unique richesse, c'est le bois. Privés du matériel et des capitaux dont disposaient les anciens propriétaires, les paysans-*"ejidatarios"* retournent à un mode d'exploitation artisanal. Le chemin de fer disparaît avec les scieries, et ne restent que quelques rails oubliés qui servent de cloche dans les chapelles et les écoles des environs.

La déforestation continue et ses graves conséquences ont contraint les pouvoirs publics à prendre des mesures. Recherche de production alternative ou sévère contrôle des coupes, la solution, s'il y en a, n'est pas encore trouvée.

Le paysan-bûcheron achète l'arbre à son propriétaire. La déforestation est totale autour des villages et il faut aller loin sur les versants abrupts du Cofre ou aux abords des ravins pour trouver de beaux arbres.

L'abattage se fait à la hache. Le travail est dur et réservé aux hommes, qui travaillent à deux: le père avec son fils, son frère ou son beau-frère. Une fois l'arbre abattu et ébranché, on le débite sur place. Selon sa taille et les commandes on en fera des planches, des poutres,

des solives. Le débit est long et dangereux.

Tout d'abord on installe une petite "scierie" provisoire qui servira pour un ou deux arbres, parfois plus. Elle consiste en un robuste échaffaudage qui supporte le tronc récemment abattu, couché. Les hommes débitent avec une scie de long, chacun à une extrémité, l'un au-dessus, l'autre au-dessous de l'échaffaudage.

S'ils ne descendent pas eux-mêmes le bois au village ou au bourg, les bûcherons le vendent à un muletier. Celui-ci est un personnage important dans la montagne qu'il sillonne en tous sens.

Sur demande il monte de l'engrais ou tout autre marchandise, il achète ou assure le transport de la production des villages jusqu'à Xico. Il a autant de relations dans le chef-lieu que dans les communautés d'altitude, et maintient le contact entre les différentes parties et personnes du municipe. Son travail aussi est dur et risqué. Il n'est pas rare qu'une mule tombe ou se blesse sur les mauvais sentiers abrupts par temps d'orage. Si l'animal meurt, le muletier perd son outil de travail et son capital.

Au bourg, nombreux sont les menuisiers qui achètent le bois débité, les arbres débardés et trainés par les chevaux depuis les hauts versants du Cofre jusqu'à Xico. Certains acheteurs viennent de plus loin, des villes voisines. La demande locale est encore forte, même si les maisons "en dur" remplacent de plus en plus les traditionnelles maisons en bois. Mais les meubles, les portes, les cercueils et les croix seront toujours de bois.

M.H.



Le temps du maïs

Presque tous les paysans des hauts cultivent le maïs, ne fut-ce que quelques ares. Le maïs est la base de l'alimentation et au-delà, de la culture.

Dans le municipe, les terrains les plus prisés sont ceux de Xico Viejo, le vieux Xico, village situé à une heure et demi de marche du bourg, dans la montagne. Pourtant les terres n'y sont apparemment pas meilleures que d'autres, mais le fait d'être un ancien site pré-hispanique confère à ce village et ses terres une aura particulière et une place spéciale dans la mentalité collective. De fait on n'y sème que du maïs, et l'on vient de loin pour y chercher un lopin à cultiver quand on pourrait en trouver beaucoup plus près de chez soi.

Les terrains pentus ne se prêtent guère à la mécanisation, et l'utilisation d'engrais chimique est presque la seule innovation dans les techniques de culture depuis les temps anciens.

La productivité est faible, et la production destinée à l'auto-consommation. Les surplus, quand il y en a, sont vendus dans le village ou descendus à Xico. Parfois, en mai-juin, la grêle ou l'ouragan compromettent la récolte et arrachent les tôles de toit des rudimentaires maisons de bois. Les économies sont faibles dans les hauts, et la saison des pluies arrive bientôt. Pour réparer les dégâts, il faut faire appel à la solidarité du village et éventuellement de la municipalité.

Tout le monde trouve un coin de terre pour semer: parcelle prêtée, louée, en propriété ou en "ejido", sur terrain plat ou pentu au point qu'une chute au sommet de la "milpa" est dangeuse. Un peu partout dans la montagne, les parcelles de maïs grimpent les versants ou descendent vers le fond des ravins.

Il faut parfois défricher. Il est rare que l'endroit soit vierge et la forêt n'est le plus souvent qu'un taillis de ronces, de fougères et d'aulnes, tout juste bon pour le bois de chauffe.

Pour défricher un demi-hectare, le paysan demande l'aide de sa

famille ou des voisins, à charge pour lui de rendre le travail plus tard ou de payer les salaires quotidiens. A 7 ou 8 personnes on prépare le Sept ou huik terrain en deux semaines. Quand la maison est loin on dort sur place une ou deux nuits, ou chez un voisin. A midi les femmes, parfois aussi des enfants, apportent le repas. C'est le moment agréable de la journée, où l'on partage les "tortillas" et les "tacos", toujours accompagnés de la bouteille de café tiède et sucré.

Parfois dans l'équipe quelqu'un a un chien, un fusil, un piège ou un filet. Quand l'après-midi est bon, que le coeur y est et que la chance sourit, on tuera un lapin ou un écureuil, on attrapera un niseau ou un renardeau qui se vendent bien à Xico et à Xalapa. La pêche est plus sûre. En deux heures on attrape assez de truites pour tout le groupe, que l'on cuit à la braise enroulées dans une feuille d'"acuyo", avec du sel et du piment.

Quelques semaines plus tard arrive l'époque des semis et de la première fertilisation, que l'on effectue à trois ou quatre personnes en deux jours: trois graines de maïs dans chaque trou de plantoir, et une poignée d'engrais recouvert de terre pour éviter le ruissellement aux premières pluies.

Le travail dur recommence avec le désherbage à la houe. La milpa doit être belle en mai, le paysan doit en être fier lorsqu'il proposera à un ami d'y poser la croix et d'être ainsi son "compadre". Le lever de la croix est un jour de fête avec pétards, repas et alcool de canne, mais cérémoniel aussi quand tous prient pour la bonne récolte devant la croix avant que les nouveaux "compadres" se demandent le pardon mutuel traditionnel.

En juillet avant la récolte, c'est l'époque tant attendue des "elotes", ces épis de maïs tendre que l'on mange grillés ou bouillis, et des grosses courges préparées confites. Les haricots noirs ne se récoltent qu'un peu plus tard, en septembre. Le dernier jour de la récolte, le "compadre" vient enlever la croix de la milpa pour la placer dans le grenier bien étanche, où le maïs est protégé des rongeurs mais pas de ses autres ennemis comme les vers et les charançons!

M.H.

Temps de récolte

Novembre s'approche. Nous attendons tous ces mois de récolte auxquels toute la famille participe. Ce sera l'occasion d'acheter un porcelet, de changer la toiture de la maison ou d'acheter des chaussures pour la prochaine fête.

Et c'est avec ce besoin que nous avons tous d'acheter quelque chose ou de rembourser quelque dette, que nous nous précipitons chez le patron pour savoir quand va commencer la récolte. On nous donne l'heure et le lieu de départ. Là nous rencontrons le "compadre", le beau-frère, le voisin et aussi les gens qui sont d'ailleurs. Ceux-là ne viennent que pour la récolte; nous en connaissons déjà quelques-uns depuis l'an passé, d'autres viennent pour la première fois tenter leur chance.

La période de récolte procure du travail à beaucoup de monde, surtout en période de pointe, quand le café est bien mûr dans toutes les "fincas". C'est alors que certains patrons payent d'avantage, mais cela dure peu. Ensuite la situation se normalise et les patrons se remettent à payer au prix antérieur.

Trois heures du matin, le moulin de "nixtamal" (maïs pour les tortillas) commence sa journée. On se presse pour arriver avant les autres pour gagner du temps: il faut préparer la gamelle et les tortillas avant d'aller à la cueillette, et aussi faire un peu de ménage et préparer les enfants. Ensuite seulement nous nous dirigeons vers le lieu de ramassage de la camionnette.

Pour arriver jusqu'au terrain c'est tout un monde, parce que la vieille camionnette résiste à peine à la surcharge et penche dangereusement quand nous nous mettons toutes dans un coin, les hommes dans un autre, et les jeunes dans un autre. Ceux-ci profitent de l'occasion pour se saluer, se parler ou seulement échanger des regards qui pourront être le début d'une amourette.

En arrivant, on nous donne à chacun un sac pour y mettre les grains de café récoltés. Le travail de la journée terminé, il faut

apporter le sac à la bascule où celui qui pèse note dans un carnet le poids des sacs de chacun, pour faire les comptes en fin de semaine. Couper le café peut être agréable mais cet ultime effort de la journée, porter les sacs à la pesée, est très fatigant.

La récolte doit se faire avec soin, en coupant les fruits mûrs sans faire tomber les verts et sans mettre trop de feuilles dans le panier. Il arrive que trop absorbé par le travail on ne voit pas la fumée qui s'élève du milieu du terrain, annonçant l'heure du repas. Ou aussi à cause du voisin du champ d'à coté qui met sa radio trop fort, du jeune d'un peu plus loin qui écoute ses cassettes avec le volume à fond, au encore des "comadres" qui écoutent leur feuilleton favori, on n'entend pas le contremaître crier "Aààà taaaable", et quand on arrive près du feu il n'y a déjà plus de braises et l'on doit manger son repas froid.

Tout cela fait que nous nous sentons épuisés et que nous n'avons plus qu'une envie, arriver à la maison pour manger un repas bien chaud et dormir. C'est en pensant à ce repas qui nous attend que nous profitons du moment de la pesée pour ramasser un peu de bois pour rapporter à la maison.

Le meilleur moment de la semaine c'est celui de la paye, le samedi après-midi. Les jeunes filles arrivent bien propres, bien habillées, bien coiffées; les jeunes gens portent les bottes et le chapeau "du dimanche". Et nous sommes là, sur le trottoir devant la maison du patron, faisant la queue pendant une, deux ou trois heures jusqu'à ce qu'on nous appelle pour nous remettre l'argent de la semaine.

Bethy Portilla















































































Este libro se terminó de imprimir el 30 de julio de 1989 en los Talleres de EDYCAR, S.A. Emperadores No. 51 Col. Portales, México, D.F. Tipografía y Formación: Tipográfica Troje, S.A. de C.V. 652.49.39 Fuente de la Vida No. 30, Fuentes del Pedregal, México 14140, D.F. Producción de originales: Troje Taller, S.A. de C.V. Encuadernación: Carlos Sandoval. Los tipos que se utilizaron en esta publicación fueron de la familia Century de Varityper.

FE DE ERRATAS

DICE	DEBE DECIR
Pág. 11 tercer párrafo tercera línea: hauk	hauts
Segunda columna tercer párrafo quinta línea: oèu	ou
Pág. 12 tercera línea: eà	et
Cuarta línea: l'èlectrification,	L'électrification,
Segundo párrafo sexta línea: développment	développement
Tercer párrafo segunda línea: compléte	complète
Pág. 13 tercer párrafo séptima línea: "elote",	"elotes",
Pág. 14 segunda columna antepenúltima línea: traditionelles	traditionnelles
Pág. 15 cabeza: Le temps du maós	Le temps du maïs
Segunda columna tercera línea: Sept ou huik	No debe de ir
Segundo párrafo tercera línea: niseau	oiseau
Pág. 16 segunda línea: l'ocassion	l'occasion
Segunda columna segundo párrafo sexta línea: au	ou



**INSTITUTO VERACRUZANO
DE CULTURA**



**SECRETARIA DE DESARROLLO ECONOMICO
GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ**

CFSIOM

INSTITUT FRANCAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE POUR LE DEVELOPPEMENT EN COOPERATION